

Bioética, Religión y Democracia secuestrada

Diego Fonti - Juan Carlos Stauber

1. Introducción

Si la filosofía nace del asombro, como muchos sostienen, estamos en una era posfilosófica porque ya nada parece asombrarnos. No nos sorprende tanto que personas extremadamente acaudaladas se dediquen a dirigir políticamente los destinos de sus países, y que ese destino se haga coincidir con el enriquecimiento de su clase social (hasta en China, uno de cada 7 millonarios, es diputado del Partido “Comunista”). Ni siquiera nos sorprende que los grupos sociales más afectados por esas políticas los hayan votado. Al mismo tiempo, si la filosofía tiene que ver con la tarea emancipatoria, y con las preguntas por la existencia, con la angustia y la pregunta ética de qué hacer, entonces la tarea filosófica se muestra ineludible.

No nos asombra que el mercado haya logrado imponerse no sólo sobre los políticos sino como política. Ya no se trata de la corrupción de la democracia (o sea, lo que sucede en su interior por sus propios actores que violan la responsabilidad y confianza depositadas en ellos)

sino que es un ataque a la democracia de parte de quienes niegan su esencia liberadora, igualitaria y social, y la convierten en un mecanismo meramente formal para legitimar sus prácticas comerciales y su afán de lucro. Con justicia se critica la corrupción al interior de las democracias, pero se permanece ciego e indiferente – y por lo tanto cómplice – de las violaciones a la democracia por parte de los poderes económicos, que la transforman en su estructura esencial misma. Esto que no nos asombra, sí nos escandaliza, nos indigna, nos subleva.

El Informe OXFAM 2014 advierte que se gobierna para las elites, cuando el sistema vigente contribuye a una acumulación tal de riqueza que el 1% de la humanidad tiene lo mismo que el 99% restante, y que esto produce un secuestro de la democracia. En realidad, se trata de su transformación en “plutocracia” (gobierno de los ricos). Las elites gobiernan en defensa de los intereses de las elites. Si antes los poderosos accionistas y dueños de las grandes empresas veían a los políticos como sus indeseados pero necesarios asociados

Dr. Diego Fonti, docente e investigador CONICET, Universidad Católica de Córdoba. Dr. Juan Carlos Stauber, docente e investigador Universidad Católica de Córdoba, CEFyT e ITeC.

para justificar sus planes, hoy han dejado de lado esa mediación para asumir el mandato ellos mismos. El caso de EE.UU., el caso brasilero, el argentino o el peruano, son sólo algunos ejemplos. Y esto no es nuevo, porque según Richard Sennett ya sucedió por ejemplo en la década de 1920 en Chicago. La diferencia era que esos políticos-empresarios tenían como objetivo liderar la transformación de sus territorios, según sus fines, naturalmente, pero no necesariamente saquearlos para colocar sus ganancias en paraísos fiscales.

Frente a esta situación y la pregunta de qué hacer, uno debe buscar caminos de respuesta y acción. Es notable que el ámbito bioético y el ámbito religioso, tantas veces partícipes del control y dominio mediante la legitimación de los intereses de los poderosos, se muestren hoy como herramientas posibles de liberación. Pero antes es preciso despejar el terreno para clarificar hasta dónde no es otro mecanismo más de opresión, y luego elaborar criterios que permitan mayor libertad y justicia en las decisiones personales y comunitarias.

2. Despejar el terreno: una hipótesis inquietante

¿No han sido religión y bioética parte de los dispositivos de control del poder popular? Con gran pericia, el investigador Juan Marco Vaggione ha analizado el rol de los centros de bioética católicos como instrumentos reaccionarios – pero modernizados – para la injerencia

eclesiástica sobre políticas públicas, particularmente relativas a los cuerpos, la sexualidad y la procreación. Además ha mostrado cómo el discurso de “defensa de la vida” contribuyó finalmente a restar capacidad de decisión de los sujetos respecto de sí. Se puede pensar *mutatis mutandis* que esta injerencia no pertenece sólo a grupos religiosos. Si uno enfoca las bioéticas anglosajonas más influyentes, y la centralidad que dan al rol de la autonomía individual como base de toda relación sanitaria (entendiéndose esa autonomía “en abstracto”, sin condicionamientos ni contexto; y la relación como una práctica finalmente contractual e institucionalizada), nos muestra que también la bioética puede devenir un instrumento más de control indebido.

Al extender la bioética a cuestiones ambientales, como ya lo hacía Van Potter en su libro señero “Bioética, puente al futuro”, se puede también leer en los “think tanks” neoliberales (como la Foundation for Economic Education) el intento de limitar y abolir toda injerencia estatal respecto de controles medioambientales (lo que finalmente se concretó con el nombramiento de Scott Pruitt). Como ellos dicen, el Estado que gobierna mejor es el que gobierna menos, y deja a la libertad del consenso de individuos las normas que los rijan. En esa lógica, se han puesto representantes de la industria farmacológica en la FDA, o sea la agencia encargada de controlar a esa industria misma.

Estas dos caras de la misma hipótesis inquietante, o sea que la bioética – sobre todo vinculada con grupos religiosos – es un instrumento de limitación de libertades privadas, y que en cuestiones medioambientales esta limitación finalmente es contraproducente e ilegítima, debe ser despejada. El mejor modo de hacerlo es ante todo aceptar que sí hubo injerencias indebidas, pero que la crítica no puede convertirse en eliminación de las posibilidades institucionales, porque de otro modo se caería en un individualismo conservador – cada cual paga los derechos que puede – o en el cinismo. Pero la bioética contemporánea, particularmente vista desde sus consecuencias ambientales, nos muestra que las barreras territoriales y sociales no funcionan, que los efectos finalmente afectan a todos, y que a nivel temporal nuestras decisiones y acciones afectarán inevitablemente a generaciones futuras.

3. Pinta tu aldea...

Antes de avanzar con una justificación del rol posible de la bioética en un momento como el actual, donde nuestras convicciones morales son muy variadas, y jamás admitiríamos por simple imposición de creencias o autoridad ningún deber respecto de la naturaleza y nosotros mismos, conviene una breve descripción de nuestra situación. Una descripción histórico-geográfica de lo que ha acontecido con la Provincia de

Córdoba nos muestra que de modo constante se ha entendido al territorio como un espacio de extracción, sin valor propio – y mucho menos valor simbólico, cultural, espiritual –, como un ámbito pasivo y pasible de la acción de quien pueda aprovecharlo. Si se compara el mapa de Córdoba a partir de las descripciones de Kurtz de 1904 hasta la actualidad, y se contraponen la ley vigente de ordenamiento territorial con la nueva inserción de zonas amarillas y verdes en los sectores – ya ínfimos – rojos (donde se debe tener máximo cuidado de la flora nativa), vemos que la reducción del bosque autóctono alcanza al 97%. Las estadísticas también muestran un aumento extraordinario en la producción agrícola.

Sin embargo, esta explotación benefició a pocos. De hecho, la cantidad de propietarios se redujo en un 30% en los sectores más fértiles. A menudo, los demás propietarios de tierra optaron por dar en alquiler sus tierras a pools de siembra, con las lógicas consecuencias negativas para las pequeñas poblaciones que vivían de estos productores. Al mismo tiempo que se acumula riqueza, se acumula deuda: económica, ambiental, social. Los puestos de trabajo se precarizan, y como muestran estudios publicados en revistas de salud y epidemiología, las tasas de sintomatología, malestares y enfermedades en el ámbito rural han crecido de modo notable respecto de los promedios na-

cionales. Esto se ve de modo palmario en el Informe sobre cáncer en la Provincia de Córdoba, publicado en 2013 por el Registro Provincial de Tumores de Córdoba.

Hoy esas políticas “productivas”, que se estructuran sobre la explotación y extracción del territorio, acumulando riqueza para pocos y deuda y enfermedad para muchos, se disfrazan de argumentos filantrópicos. Nada mejor que la filantropía para esconder el afán de lucro. Se habla de desarrollar territorios, proveer a la gente de trabajo, y – ampulosamente – alimentar al mundo. Lo cierto es que la producción de alimentos en el mundo excede largamente lo que los humanos necesitamos, y que las hambrunas responden menos a la carencia de stock que a los sistemas de provisión y – por supuesto – a los costos y accesibilidad.

4. Aportes bio-ético-religiosos

Así como nuestro mundo no es cristiano en sus convicciones y valores simbólicos, tampoco es budista, quechua, jainista, etc. La preocupación expresada por estudiosos como Vaggione respecto de la bioética y el rol religioso puede contrarrestarse si esas tradiciones asumen un rol donde la noción de vida no corre contra los derechos personales sino a favor de bienes comunes, en tanto condiciones de vida y horizontes regulativos para juzgar intervenciones ambientales. Por eso, no significa que todas esas tradiciones

deban ser excluidas para encontrar un punto de partida pre-valorativo y neutral. Eso no sólo es imposible, también es indeseable, porque esas tradiciones portan consigo modos de comprender y apreciar al mundo, que pueden enriquecer nuestras miradas y desafiar nuestras opciones.

En el caso del cristianismo, conviene resaltar aquí lo que Metz afirma como su característica esencial: ser memoria *passionis*, memoria continua del sufrimiento que no sucedió sólo en la montaña del Calvario sino que se renueva con cada masacre, cada injusticia, cada tortura, cada muerte, cada destrucción. Esa memoria de elefante cristiana es un desafío para el cristianismo mismo y toda la sociedad pluralista. Metz dice que la teología no puede hacerse del mismo modo después de Auschwitz, y por eso toda teología es teología política, en tanto ve las condiciones (políticas, científicas, económicas) que llevaron a Auschwitz, no vuelvan a darse. En nuestro caso, para que todas las condiciones que llevaron a La Perla, la Esma y demás, no vuelvan a darse. El recuerdo del sufrimiento y la muerte implica que hay que pelear por el significante “vida”, para que no quede en manos de los sectores religiosos más reaccionarios, correctamente descritos por Vaggione. Y esa misma lucha semántica debe darse al interior de la bioética como tal. También el trabajo de otro teólogo debe destacarse respecto de la cuestión am-

biental. Moltmann y su doctrina ecológica de la creación. Más aún, se puede nutrir nuestra propia visión del mundo con las tradiciones místicas, que siempre estuvieron cerca de la naturaleza.

Pero la mística no es sólo para religiosos, es un modo de ver el mundo. Y esa visión tiene una comprensión radicalmente crítica. Cuando por ejemplo André Gorz dice que la educación no es para socializar a niños y jóvenes sino para hacerlos autónomos, no significa esto renunciar a toda otra comprensión del mundo sino ver en ellas las semillas de la libertad y del cuidado. Y de la crítica a los supuestos falsos de la producción, el consumo, el desarrollo, el progreso.

Heidegger decía que la ciencia no piensa. La tecnología tampoco, y menos cuando se quiere arreglar con tecnología problemas tecnológicos. El reciente anuncio de adquirir centrales nucleares, en un mundo cuya conciencia ha logrado admitir la irresponsabilidad de esas instalaciones, es una ignorancia – e inmoralidad – de ese tipo. Máxime cuando ese tipo de iniciativas terminan mostrando sus costos en los cuerpos y las vidas de otros. Por eso, la visión del mundo propuesta también es con otros, sobre todo con los que son víctimas de todos estos “avances”. Por eso, la legitimidad no se logra solo mediante el diálogo en condiciones simétricas, como formula Habermas, sino que en la comunidad de diálogo tienen un peso especial las pa-

labras de quienes han sufrido con sus cuerpos y sus culturas las consecuencias del “progreso” de otros.

5. Conclusión: la política como Lao- cracia

Es interesante que la Encíclica *Laudato si'* plantee el primado de la política. Esto no sólo es notable porque es una obra teológica, sino porque en general se busca subordinar la política a otros factores: productividad, tecnociencia, etc. No cabe duda que la política ha caído en descrédito, pero esto no ha significado un fortalecimiento por ejemplo de la sociedad civil, sino dejar ese campo de poder en manos de los ya poderosos de siempre. Por lo tanto, es conveniente retomar esos conceptos como vida, protección de la naturaleza, emancipación, reconocimiento de las víctimas, para resignificarlos a partir de criterios liberadores. Ya el biblista ítalo-brasilero Sandro Gallazzi lo planteó hace muchos años en nuestra provincia (precisamente en cursos de formación teológica y política del Centro Tiempo Latinoamericano): la democracia será formal si no cambia la idea de “demos” (ciudadano libre por tener propiedad en la polis, en general, varón, acaudalado y comerciante) por la idea de “laos” (voz griega que designa a todo el pueblo, independiente de su propiedad, títulos, sexo o linaje). Pero “laocracia” nunca ha existido como sistema. Se trataría de una suerte de democracia participativa, semi-di-

recta o directa, militante y conflictiva, aunque un poco desordenada, por cierto. Semejante es lo que la Bioética, versión fundacional de R. Van Potter, propuso allá por 1971. Y para mayor autonomía, la bioética prescribe la necesidad del “consentimiento informado” o genuinos avales sociales. Por ello reaparece la disputa de los medios que nos informan como eje de la posibilidad de participar legítimamente. Si se oculta la información, si se considera “verdadero” algo que los medios de comunicación repiten mucho, aunque nunca lo prueben ante la justicia, si se nos ocultan las fuentes, evidentemente estamos ante un dilema erróneo pues no parte de datos genuinos. Asimismo, un diálogo sobre la calidad de vida del pueblo que sólo pretende dilatar eternamente la discusión de fondo, o que resuelve tomar decisiones en función de la imagen y el marketing, no sólo es engañoso sino traidor. Como el médico que dilata el alta hospitalaria para poder cobrar otro día de internación, o los gobiernos que piden darnos el alta a nuestros males en un segundo tiempo que nunca comienza. Daniel Callahan, bioeticista crítico estadounidense, llamó “ideología de pandilla” a una bioética corporativa que sólo resuelve entre los agentes de control las últimas decisiones sobre la suerte de los debates públicos en esta materia. Por ello la Bioética que practicamos en el sur del continente se propone como una bioética social y de intervención. Nos pre-

ocupa que en un sistema democrático genuino, la gente sepa de qué y por qué se enferma, quiénes hacen y de qué son los remedios que los curan y el alimento que los engorda (o que los mata), qué cosechar y cómo en la tierra que los sostiene, y cuál es la mejor manera de organizar la convivencia entre todas y todos. Esto es, que la bioética sirva a la soberanía política de los pueblos. Ello es lo que hace de este campo interdisciplinario un escenario de conflicto y nada cómodo. Y eso es lo que molesta a muchos académicos que no desean conflictos en la educación. Quieren orden, disciplina, discreción intelectual y prudencia comunicacional, pruebas y reprobaciones cuantificables para tener “absoluta” seguridad de lo que se debe decir sobre cómo vivimos. Pero mientras tanto la vida de los pobres se sigue envenenando, deformando, acortando, debilitando y extinguiendo. Podríamos preguntarnos ¿cuántas vidas extinguidas serán suficientes para que nos demos cuenta que toda vida vale la pena? Y como Bob Dylan, podemos responder “la respuesta está volando en el viento”. Vemos más que indicios en Córdoba de una creciente disfunción sexual en la fertilidad de campesinos expuestos a los agroquímicos, y que nuestras niñas menstrúan más temprano por las hormonas en los productos avícolas, y que hay antibióticos y anabólicos en la leche, la carne y otros productos porque no se respetan los períodos de carencia

o no se dan sólo las dosis recomendadas Pero vemos también la anuencia de médicos, docentes, abogados, comunicadores, etc. porque no hay “pruebas suficientes”, porque no hay tiempo para el análisis, o porque están demasiado ocupados en burocracia o asuntos “más importantes” (rentables?).

¿Quién y con qué instrumentos puede el pueblo ejercer genuinamente su soberanía? Evidentemente sólo a través de los organismos del Estado y las organizaciones de base. Nunca solos o aislados. Pero los loros aduladores del poder repiten que el Estado es inútil e ineficaz, que el mercado es eficiente y transparente, que el emprendedorismo personal salva a la democracia, que el todo es sólo la suma de las partes, y otras mentiras más. Muchas de las mismas víctimas repiten con ellos, sin darse cuenta lo que dicen: la política es mala, la ciencia es complicada, el mercado es amoral y la historia ya tiene su destino marcado. Todos dogmas para secuestrar la democracia y transformarla en plutocracia, secuestrar la ciencia, la política, la religión y la economía del servicio a una vida más digna y feliz para todas y todos.

Por el contrario, la Bioética sólo podrá realizar su sueño de tender un puente entre las humanidades y las ciencias cuando la soberanía popular sea el cemento y el hierro de tal magna obra. Su criterio de efectividad, según R. Van Potter, habría de ser la supervivencia de los pueblos y su entorno, no

su muerte. Y en ello, la Bioética propone el principio precautorio cuando no se tiene suficiente claridad en las consecuencias que cualquier medida pueda representar en el corto o mediano plazo para los sistemas vivos. Con demorar más tiempo para ver si se reúnen nuevas pruebas (o si la gente se olvida del tema), no ganamos otra cosa que distraernos de lo central: nuestro cuidado vital. Pedro Trigo, sacerdote jesuita, desde su militancia en las villas venezolanas, reconoce que la idiosincrasia de los pobres en América Latina posee tres características: su obsesión por vivir (aún en medios muy carenciados), su memoria (hasta la resistencia más pasional) y su sentido de la oportunidad. Creemos finalmente que los que trabajamos en medios populares desde la Bioética no podemos dejar de confiar en la sabiduría de los pueblos y empaparnos de esas características tan eficaces.

No podemos negar el poder opiante de quienes debilitan o postergan la soberanía popular so pretexto de que la gente está mal informada (mientras ocultan la verdad). Pero tampoco podemos responder con voluntarismo ciego. Hay que poner la parte que nos corresponde en el pago del rescate de una democracia que ni puede ser recuperada a costa de sangre inocente, ni puede ser dejada a merced de expertos iluminados. El viejo tema de los cuadros medios... ¡no mediocres!